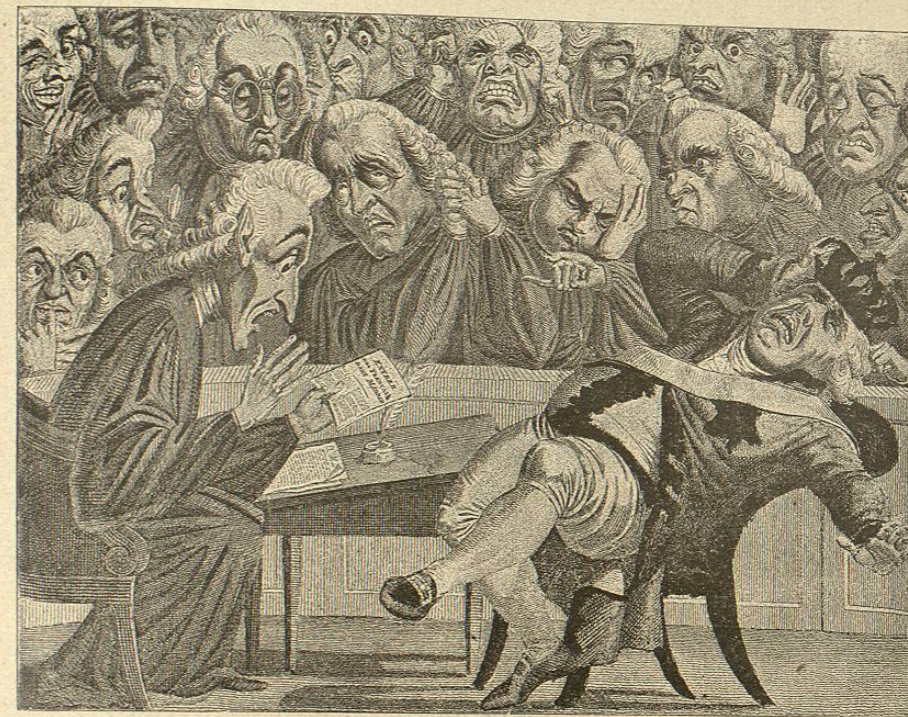


versario de la primera señal de resistencia al invasor, es simpática á todos los Españoles: es una fiesta nacional. Las grandes poblaciones secundaron el ejemplo de la capital y degollaron á los Franceses que en ellas se encontraban. Napoleón y Carlos IV atribuyeron al partido de Fernando esta sangrienta revolución, y el anciano monarca insistió en obligar al príncipe á que renunciara incondicionalmente sus derechos al trono de España. Napoleón asistió personalmente á una violenta escena de familia, en la que, arrebatados el rey y la reina, llegaron á levantar la mano contra su hijo.

«Ni una palabra perdimos en esta ocasión, — refiere un testigo oculto de esta escena (el duque de Rovigo).— El príncipe de la paz y yo escuchábamos detrás de la puerta, que era de abeto muy delgada. Carlos IV preguntó en tono muy serio al príncipe de Asturias:—¿Qué noticias tienes de Madrid?..—No pudimos oír la respuesta, pero el monarca repuso seguidamente:—Pues bien, yo te las voy á dar,— y le refirió lo que había pasado. —¿Pretenderás acaso, — añadió,— convencerme de que tú ó tus miserables consejeros no habéis tenido participación en tal atrocidad? ¿Acaso me has obligado á abdicar el trono con objeto de hacer degollar á mis súbditos? ¿Crees consolidar tu gobierno por tales medios? ¿Quién te ha aconsejado semejante monstruosidad? ¿Ha de ser tu única gloria la de un miserable asesino? Habla, pues.—El príncipe siguió callando, ó cuando menos no le pudimos oír, pero en cambio oímos perfectamente que la reina decía:—¡Ya te decía yo que ibas á perderte! ¡Ya ves dónde te metes y dónde nos has metido! ¿Es decir, que nos habrías hecho asesinar si hubiésemos estado en Madrid? ¿Cómo hubieras podido evitarlo?..— Seguramente el príncipe continuaba callado, porque oímos á la reina que le increpaba:—¿Responderás de una vez? Siempre te has conducido así en cada una de tus sandeces, ¡nunca sabes nada!

do, la explosión de la ira reprimida, de parte de un pueblo que se había visto invadido con engaños y perfidias, privado con alevosía de los objetos de su cariño y de su culto, de sus reyes y sus príncipes, y dominado por un extranjero hipócrita y altivo.» Algunos historiadores franceses llegan á la exageración de creer en unas nuevas *Visperas sicilianas*. Las infelices víctimas inmoladas en aras del egoísmo brutal y de la crueldad francesa fueron en su mayor parte inocentes é indefensos madrileños, á los que se ocuparon armas cortas, útiles de trabajo y hasta tijeras, figurando varias mujeres en el número de las arcabuceadas en el Prado ó en otros puntos.— (N. del T.)

»Horrible debía ser la situación de Fernando, á quien embarazaba atrozmente la presencia de Napoleón en esta escena. Por fin oímos al Emperador que en tono severo le dijo: —Hasta el presente, príncipe, no había tomado una determinación sobre los acontecimientos que aquí nos han reunido, pero la sangre derramada en Madrid fija claramente mi camino. Esta matanza no puede ser obra más que de un partido, al que no podéis desautorizar, y, por consiguiente, jamás



El primer ministro de Inglaterra leyendo al rey Jorge y á sus consejeros la noticia oficial de la entrada de los Franceses en Madrid. (Caricatura de la época)

reconoceré por rey de España al primero que ha roto el pacto de alianza que la unía desde tanto tiempo á Francia, ordenando la matanza de los soldados franceses mientras él mismo venía á pedirme que sancionase la acción impía por la cual quiso subir al trono. Ved el resultado que os han dado los perversos consejeros á quienes os habéis entregado. Contad, pues, con ellos; yo sólo estoy obligado á tratar con el rey vuestro padre, á él es á quien reconozco y estoy dispuesto á llevarle otra vez á Madrid si así lo desea. — Carlos IV replicó inmediatamente: —¿Yo? no, no lo quiero. ¿Que iría yo á hacer en un país donde mi hijo ha concitado contra mí todas las malas pasiones? Después de

haber sido bastante afortunado para resistir una revolución europea sin haber experimentado la menor pérdida, ¿iría á deshonrar mi ancianidad combatiendo á las provincias que he tenido la suerte de conservar? No, de ningún modo; él lo hará mejor que yo.» En fin, se obligó al príncipe á firmar su abdicación y adherirse al acta por la cual Carlos IV y toda su familia renunciaban á la corona de España en favor de Napoleón. Los Borbones publicaron acto seguido una proclama invitando al pueblo español á someterse voluntariamente á Napoleón, confiando su dicha á las sabias resoluciones y omnímodo poder



Bessières, duque de Istria.

de su nuevo soberano. Hecho esto, se retiró Carlos IV con su esposa á Compiègne, y Fernando y los demás infantes á Valençay. De acuerdo con el voto de una junta reunida por el mismo Fernando antes de su marcha para Bayona, se proclamó rey de España á José Bonaparte (1).

Pero los Españoles no estaban dispuestos á ofrecer su concurso al Emperador para regenerarles al precio que les exigía; estaban en su perfecto derecho en desconfiar de un aliado que entraba arteramente en su territorio, y casi todos los que en un principio habían recono-

(1) Carlos IV encontró demasiado riguroso el clima de Compiègne y se trasladó á Marsella (17 de Septiembre de 1808), y desde allí á Roma (1811). Muerta la reina en 1818, él murió de tristeza algunos meses después (1819); era, en verdad, un hombre bondadoso. En cuanto á Fernando, llevó su baja al punto de felicitar por carta á José Bonaparte por su advenimiento al trono de España y rogó á Napoleón se dignase transmitirla, ya que «una mediación tan digna de respeto le aseguraba que su carta sería recibida con toda la cordialidad que deseaban así él como sus hermanos y su tío.»



Carolina Murat, reina de Nápoles, y sus hijos. (Cuadro de Gérard, fotografía de Braun, Clément y C.^a, París)

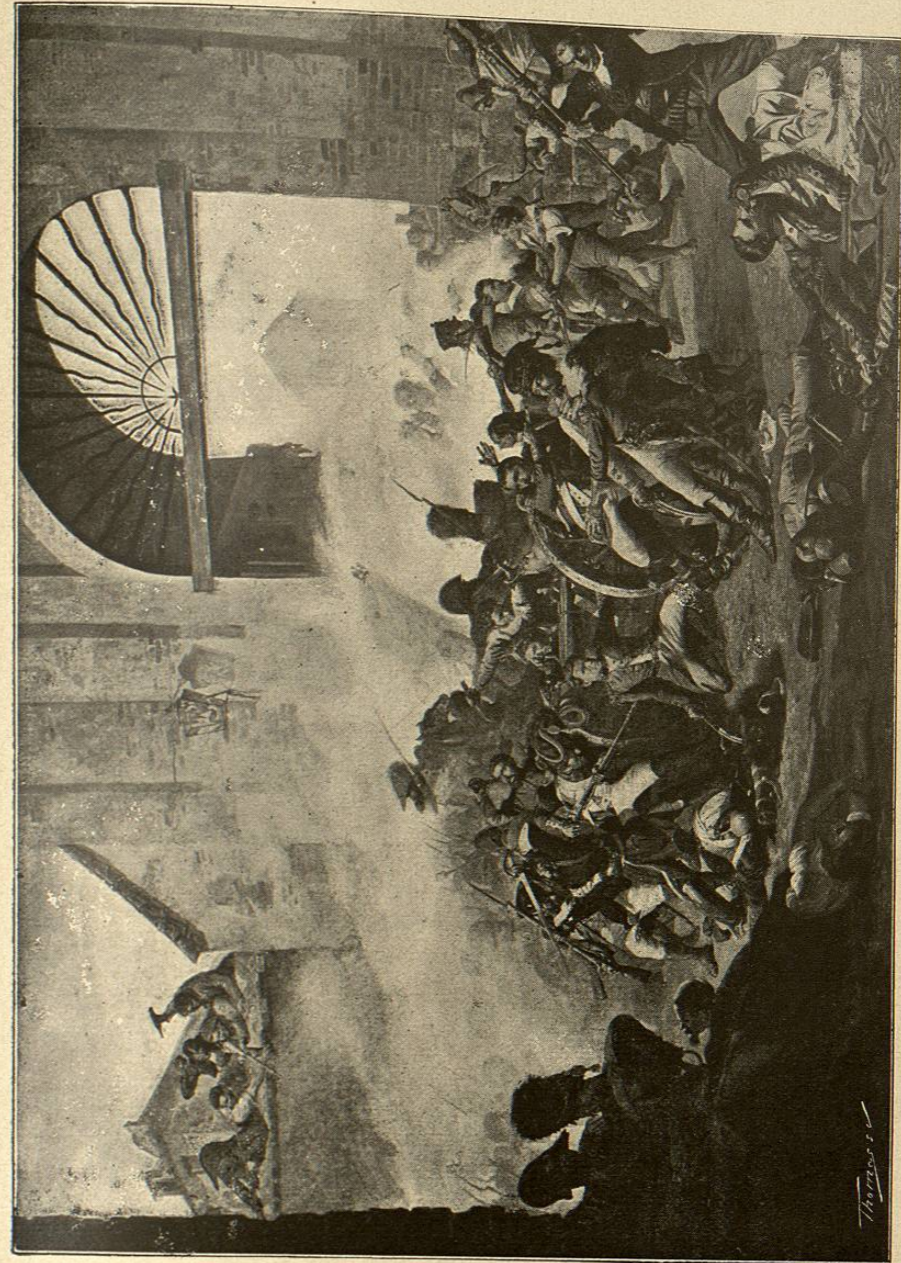
1. Aquiles Murat — 2. Leticia-Josefa, más tarde condesa Pépoli. — 3. Luciano Murat. — 4. Luisa-Julia, más tarde condesa Rasponi

cido al nuevo monarca, se apresuraron á abandonarle al ver que, en realidad, no era más que un funcionario de Napoleón y que España iba á ser sólo una provincia francesa. Europa entera se indignó de la alevosía de Bayona, y Francia, por su parte, condenó desde el primer momento una política tan contraria á su dignidad como á sus intereses.

La renta francesa del 5 %, que desde la paz de Tilsit estaba á 93, bajó rápidamente á 70. Este síntoma de impopularidad sólo sirvió para enfurecer á Napoleón, quien ordenó hacer la guerra á los bajistas comprando papel con los fondos disponibles del Tesoro y obligando al Banco de Francia á que hiciese lo mismo. El papel subió, pues, y Napoleón dispuso que en adelante se procediese de la misma manera siempre que su cotización bajase á menos de 80.

Era necesario llevar á España las ideas francesas, no sus armas; fué un craso error pretender destruir la independencia de un pueblo y atraerse una guerra nacional, en vez de limitarse á sostener una lucha de carácter político y, por lo tanto, de menores proporciones. Así lo reconoció el mismo Napoleón cuando dijo, en Santa Elena: «Mi mayor falta consistió en dar importancia al destronamiento de la casa de Borbón. Carlos IV estaba gastado. Hubiera podido, pues, dar al pueblo Español una constitución liberal y encargar á Fernando de llevarla á la práctica. De hacerlo así de buena fe, España hubiera prosperado, poniéndose en armonía con nuestras nuevas costumbres; y si Fernando hubiese faltado á sus compromisos, los mismos Españoles le hubieran enviado á... La guerra de España fué un golpe fatal y la principal causa de las desdichas de Francia; fué mi ruina.»

Mientras sólo combatió con los reyes, Napoleón pudo vencer, pero ahora iba á luchar contra los mismos pueblos unidos estrechamente con sus gobiernos. Los Españoles, á pesar de su decadencia, no eran enemigos despreciables. «No se crea,—dice el mismo Napoleón,—que vamos á atacar á una nación inerme y que basta presentar un ejército para someter á España. Hay que combatir con un pueblo nuevo, que tiene y tendrá todo el valor que demuestran los hombres que no están gastados por las luchas políticas.» El clero español, cuyo ascendiente era omnímoto sobre el pueblo y que temía particularmente la propagación de las ideas francesas, excitó su fanatismo



El 2 de Mayo de 1808 en Madrid. (Cuadro de M. Castellano)